

EDITORIAL

Bendita lluvia

Las precipitaciones de marzo deben ser leídas, entonces, como una oportunidad. No solo para aliviar la urgencia, sino para acelerar decisiones. Invertir en embalses, mejorar los sistemas de riego, fortalecer la planificación urbana y proteger las cuencas son tareas impostergables si se quiere enfrentar con mayor preparación los escenarios venideros.

Las precipitaciones registradas durante marzo en la Región de Ñuble han irrumpido como una señal alentadora en medio de un prolongado escenario de escasez hídrica. Tras más de una década marcada por déficits persistentes, cada milímetro de agua que cae adquiere un valor estratégico para la agricultura, el abastecimiento humano y la recuperación de ecosistemas. Sin embargo, más allá del alivio inmediato, estas lluvias invitan a una reflexión más profunda sobre el momento climático que enfrenta la región.

Los episodios recientes no solo han sido más notorios, sino también más concentrados. De hecho, los pronósticos advierten que Ñuble podría experimentar eventos de precipitaciones intensas en cortos periodos, incluso en un contexto donde aún persiste un déficit hídrico significativo. Este comportamiento, cada vez más frecuente, responde a una lógica climática distinta a la que históricamente predominaba: menos días de lluvia, pero con mayor intensidad.

En este escenario, cobra especial relevancia la eventual llegada del fenómeno de El Niño durante este 2026. Diversos modelos climáticos proyectan una probable transición hacia esta fase cálida del Pacífico, lo que suele estar asociado a un aumento de las precipitaciones en la zona centro-sur de Chile. La posibilidad de un año más lluvioso abre una ventana de esperanza para mitigar, al menos parcialmente, los efectos acumulados de la sequía.

Sería un error interpretar este eventual repunte como el fin del problema. La historia reciente demuestra que estos fenómenos son cíclicos y, muchas veces, transitorios. Un año más húmedo no revierte por sí solo una crisis estructural que se ha extendido por más de una década. Peor aún, el cambio climático está instalando una nueva normalidad marcada por la variabilidad extrema: largos periodos secos seguidos de lluvias intensas, en lo que algunos expertos denominan "latigazo climático".

Por ello, el desafío no es solo esperar más lluvias, sino saber gestionarlas. La región ha avanzado en planificación, como lo demuestra la reciente aprobación de un Plan de Acción Regional de Cambio Climático con medidas de adaptación y resiliencia. Sin embargo, persisten brechas evidentes en infraestructura hídrica, almacenamiento y conducción del recurso, así como en obras clave largamente postergadas.

Las precipitaciones de marzo deben ser leídas, entonces, como una oportunidad. No solo para aliviar la urgencia, sino para acelerar decisiones. Invertir en embalses, mejorar los sistemas de riego, fortalecer la planificación urbana y proteger las cuencas son tareas impostergables si se quiere enfrentar con mayor preparación los escenarios venideros.

Celebrar la lluvia es legítimo. Pero confiar en ella como solución permanente sería un acto de ingenuidad. Ñuble no necesita solo más agua: requiere una estrategia sostenible para convivir con un clima que ya cambió.